

hiciesen juramento de mantener todas las costumbres del reino. Este santo arzobispo comprendió que bajo el nombre de costumbres, el príncipe entendía los abusos de que se trataba, y rehusó el juramento. Desde entonces experimentó una abierta persecucion, hasta el punto de estar su vida en peligro, y verse obligado á pasar á Francia. Mandó á Luis VII dos de los sugetos que le habian acompañado en su fuga, pidiéndole un asilo en sus estados. A la relacion que hicieron de todo lo que el arzobispo habia sufrido, este príncipe les contestó benignamente: ¿Cómo el rey de Inglaterra ha olvidado estas palabras del Salmista: *irascimini et nolite peccare?* Señor, le respondió uno de los diputados, él, acaso las tendria presentes si asistiese al oficio divino tan frecuentemente como V. M. El rey se sonrió, y prometió su proteccion al arzobispo, añadiendo: es propio de la antigua dignidad de la corona de Francia, que los justos perseguidos, y sobre todo, los ministros de la Iglesia, encuentren socorros y seguridad en el reino. Trabajó despues, de acuerdo con el papa, para reconciliar al santo arzobispo con Enrique. Sobre la fé de esta reconciliacion, Tomás volvió á Inglaterra; pero no habian pasado aún tres meses despues de su vuelta, cuando el rey se encolerizó de nuevo contra él, y dijo en un arrebató de ira: ¿qué no habrá, por ventura, alguna persona que me vengue de un sacerdote que turba todo mi reino? Estas palabras fueron como la sentencia de muerte contra el santo prelado. Inmediatamente cuatro oficiales del príncipe formaron el horrible proyectó de matar al arzobispo: ellos se dirigieron secretamente á Cantor-

bery, y lo asesinaron en su Iglesia. Habiendo sabido Enrique semejante hecho, se consternó, y protestó con juramento, que él jamas lo habia ordenado: permanecié tres dias encerrado en su aposento, casi sin comer, y sin recibir consuelo alguno, y consintió en sufrir la penitencia que le fuese impuesta. Dios no tardó en manifestar la santidad de su siervo con un gran número de milagros hechos en su sepulcro, y por los horribles castigos que ejerció sobre Enrique, hasta que este príncipe apaciguó la cólera divina con una penitencia ejemplar.

(AÑO 1190 DE JESUCRISTO.)

TERCERA CRUZADA.

ENRIQUE II, rey de Inglaterra, para expiar sus faltas, habia resuelto ir en persona á socorrer á los cristianos de la Palestina. Ellos se hallaban entonces en la mas lamentable situacion. Saladino, sultán de Egipto, habia entrado allí al frente de cincuenta mil hombres: habia ganado una gran victoria sobre los cristianos, y hecho prisioneros á Guy de Lusignan, rey de Jerusalem; á Reynaldo de Hatillon, gran maestre de los hospitalarios, y á otras muchas personas distinguidas; pero la pérdida mas sensible fué la de la verdadera cruz, que llevaron al combate, y habian tomado los infieles. Despues de esta derrota del ejército cristiano, nada pudo contener los progresos de las armas de Saladino. Casi

todas las ciudades abrieron sus puertas al vencedor: sitió á Jerusalem, y se hizo dueño de ella. Así esta ciudad volvió á caer bajo el poder de los infieles, ochenta y ocho años despues de haber sido conquistada por los cristianos, y no quedaba ya en la Palestina mas que tres plazas considerables, Antioquía, Tyro y Trípoli. La nueva de esta desgracia causó mucha consternacion en todo el Occidente: este pesar quitó la vida al papa Urbano III. Los reyes de Francia é Inglaterra, que estaban entonces en guerra, quedaron tan conmovidos por estos desastres, que olvidaron sus particulares resentimientos, para no pensar mas que en servir á la religion. Enrique II murió antes de haber cumplido su voto; pero Ricardo, su hijo, se alistó en la cruzada con Felipe Augusto. Para sufragar los gastos de esta cruzada, se impuso sobre todos los bienes eclesiásticos una contribucion, á la que se dió el nombre de Décima Saladina, porque era la décima parte de las rentas, y estaba destinada para hacer la guerra á Saladino. Los dos reyes se embarcaron, cada uno con su ejército. Felipe llegó el primero á la Palestina, y se unió á los cristianos, que habian puesto, ya hacia dos años, un sitio á la ciudad de Acre. Este refuerzo puso á los sitiadores en estado de poder dar un asalto; pero Felipe, por consideracion al rey de Inglaterra, quiso aguardar su llegada para repartir con él el honor de tomar la ciudad. Ella se rindió en efecto por una capitulacion, y uno de los principales artículos del tratado, fué, que la verdadera cruz se restituyese á los cristianos. Se esperaba que á este primer éxito seguirian nuevas conquistas; pero la salud quebrantada de Felipe, y

los disgustos que habia recibido del rey de Inglaterra, lo obligaron á volverse á Francia: sin embargo, para que no se le tuviese á mal, haber abandonado á su aliado, le dejó en su lugar diez mil hombres de infantería y quinientos de caballería, con el dinero necesario para mantener sus tropas por el espacio de tres años. Ricardo quedó solo en Palestina: tenia un ejército bastante fuerte para formar cualquiera empresa grande: ganó en efecto una batalla contra Saladino; y si hubiese marchado en derecha á Jerusalem, habria fácilmente vuelto á tomar esta ciudad; pero no supo aprovecharse de la ventaja que acababa de obtener, y dió tiempo á su enemigo para fortificar la plaza. Habiéndose visto despues precisado á renunciar el proyecto de este sitio, marchó para Europa, despues de haber pactado con Saladino una tregua de tres años. Así, todo el fruto de la tercera cruzada, fué la toma de la ciudad de Acre, que vino á ser el refugio de los cristianos de Oriente, en donde ellos esperaron mucho tiempo, aunque en vano, la ocasion de restablecer el reinado de Jerusalem.

(AÑO 1195 DE JESUCRISTO.)

CUARTA CRUZADA.

 AUNQUE la tercera cruzada habia tenido poco efecto, no impidió el que se emprendiese la cuarta, pocos años despues de la vuelta de Felipe Augusto; pero este príncipe no tomó parte en ella. Los

franceses é italianos mas distinguidos, á cuya frente iba el marqués de Monferrato, y Balduino, conde de Flandes, emprendieron esta nueva expedicion. Convinieron en reunirse en Venecia, y la república se habia ofrecido á dar los bageles necesarios para el transporte de los cruzados á la tierra santa. Los venecianos, fieles á sus ofertas, reunieron con prontitud las embarcaciones necesarias: hicieron mas, quisieron tambien distinguirse en una guerra en que la religion se interesaba, y equiparon á sus expensas cincuenta galeras para quinientos nobles de entre ellos, que se unieron á los cruzados. Esperaban la estacion favorable para embarcarse, cuando el jóven Alejo, hijo del emperador de Constantinopla, llegó á implorar sus socorros en favor de su padre, á quien un usurpador habia destronado y encerrado en una estrecha prision, despues de haberle hecho sacar los ojos. Él prometia restablecer la union entre los griegos y los latinos; dar doscientos mil marcos de plata, y víveres para un año; facilitar la conquista de la tierra santa, y mantener toda su vida quinientos caballeros para defenderla. Estas ofertas parecieron tan ventajosas, que creyeron no deber rehusarlas; aunque llevando la guerra á esta parte, se separaban del objeto que se habian propuesto. Por tanto, en lugar de ir á Palestina, se hizo la vela ácia Constantinopla: solo faltaban á los cruzados seis dias para apoderarse de la plaza, cuando huyó el usurpador, y coronaron al jóven Alejo, proclamándolo emperador; pero muy poco despues este príncipe perdió la vida á manos de uno de sus oficiales, que se hizo dueño del trono. En estas circunstancias, los cruzados forma-

ron un consejo para deliberar lo que debian hacer, y se creyeron autorizados para vengar la muerte del príncipe á quien habian protegido. Atacaron de nuevo la ciudad de Constantinopla; la tomaron por asalto, y la abandonaron al pillage. La autoridad de los gefes no pudo contener la licencia de los soldados, que cometieron los mas grandes excesos. Dueños ya de Constantinopla, resolvieron los cruzados colocar allí á uno de entre ellos, en calidad de emperador. La eleccion recayó sobre Balduino, conde de Flandes, cuyas virtudes no han podido dejar de elogiar aun los mismos griegos. Este príncipe fué coronado solemnemente en la Iglesia de Santa Sofia: tomó desde entonces el título y vestiduras de emperador del Oriente. Los señores cruzados repartieron despues la mayor parte de las provincias del imperio que estaban en Europa; y ocupados únicamente en mantenerse allí, abandonaron del todo la expedicion de la tierra santa, por la cual habian tomado las armas. De esta manera comenzó el imperio de los latinos en Constantinopla; pero no fué de larga duracion: al cabo de cincuenta y siete años, los griegos consiguieron volver á poner sobre el trono imperial á Miguel Paleologo, de la dinastía de sus antiguos emperadores. Esta conquista de los latinos, lejos de facilitar la reunion de los griegos á la Iglesia romana, acabó de separarlos de ella. Los excesos que se cometieron en la toma y pillage de Constantinopla, les inspiraron una aversion violenta contra los latinos; y en esta época es preciso colocar el entero rompimiento y el cisma consumado de la Iglesia griega.